

Urban

Historias urbanas
Urban Histories

Espacios del pasado, historias del presente: en torno a los rastros de la historia espacial

SPACES OF THE PAST, HISTORIES OF THE PRESENT:
DEBATING THE TRACES OF SPATIAL HISTORY

Stuart Elden[♣], Derek Gregory[♦] y Álvaro Sevilla Buitrago[♣]

PÁGINAS 91-114

RESUMEN

Las ontologías de ciudad y territorio, la experiencia que de ellos tenemos y las técnicas que usamos para gobernarlos, la propia concepción de las formaciones socioespaciales que habitamos, son históricamente específicas, dependen de una genealogía de prácticas, saberes, discursos, regulaciones y representaciones articulados de forma compleja pero legible en el tiempo. Para inaugurar esta sección de historias urbanas hemos decidido dar un paso atrás, ampliar nuestro horizonte de reflexión e intentar aproximarnos a las lógicas y patrones por las que espacio y tiempo se entrelazan a través de un diálogo transdisciplinar. Para ello hemos invitado a dos autores de referencia en el campo de la geografía histórica y la historia espacial, Derek Gregory y Stuart Elden, miembros del Consejo Asesor Internacional de URBAN, a entablar una conversación en torno a los espacios de la historia.

Stuart Elden comenzó su carrera docente en la Universidad de Warwick y ha disfrutado de puestos como visitante en las universidades de Virginia, California, New York, Singapur, Washington o Londres, entre otras. En la actualidad es profesor en la Universidad de Durham. Fue uno de los editores fundadores de la revista *Foucault Studies* y en la actualidad es editor de *Environment & Planning D: Society & Space*. Ha publicado varios libros y numerosos artículos dedicados al análisis de la dimensión espacial en la obra de pensadores clave del siglo XX y a rastrear las intersecciones entre espacio y poder y la historia de nuestra concepción moderna del territorio. Su último libro como autor, *Terror and Territory*, ha ganado el Globe Book Award for Public Understanding of Geography y el Julian Minghi Outstanding Research Award del Political Geography Speciality Group, ambos de la Association of American Geographers.

Derek Gregory desempeñó diversos puestos docentes en la Universidad de Cambridge, ha sido profesor visitante en numerosos centros y organismos de todo el mundo y editor en diversas revistas de reconocido prestigio. En la actualidad es profesor en la University of British Columbia, donde ha recibido varios premios y la condición de Distinguished University Scholar. Además ha sido premiado por la Alexander von Humboldt Stiftung, ha recibido la Founder's Medal de la Royal Geographical Society, es miembro de la British Academy y la Royal Society of Canada y *doctor honoris causa* por las universidades de Roskilde y Heidelberg. Ha dedicado buena parte de su amplia trayectoria a recorrer y estudiar diversas geografías históricas y a reflexionar sobre las intersecciones posibles entre la geografía y la teoría social contemporánea; obras como *Geographical Imaginations* o *The Colonial Present* —con nueve ediciones publicadas— son ampliamente reconocidas como textos clave en la teoría geográfica del siglo XX. Ha sido además Managing Editor de la última edición de *The Dictionary of Human Geography*.

Con ellos hemos debatido sobre el lugar de la historia en la teoría socioespacial y en su propio trabajo, sobre los viejos y nuevos modos de pensar la intersección entre historia y territorio, espacio y tiempo, sobre las implicaciones de la geografía y la historia para pensar la política contemporánea y los retos al pensamiento crítico y la labor académica en la actual encrucijada de ataque neoliberal a la universidad pública y al Estado de Bienestar.

PALABRAS CLAVE

Teoría socio-espacial, historia espacial, geografía histórica, filosofía de la historia, Michel Foucault, compromiso social en la academia.

♣ Department of Geography, University of Durham (Reino Unido), stuart.elden@durham.ac.uk.
<http://www.dur.ac.uk/geography/staff/geogstaffhidden/?id=932>
<http://progressivegeographies.wordpress.com/>

♦ Department of Geography, University of British Columbia (Canadá), derek.gregory@geog.ubc.ca.
http://www.geog.ubc.ca/research/political_geography.html
<http://web.mac.com/derekgregory/iWeb/Site/Welcome.html>

♣ Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Universidad Politécnica de Madrid (España), alvaro.sevilla@upm.es.

ABSTRACT

The ontologies of the city and territory, our experience of them and the techniques we use to govern them, the very concept of the socio-spatial formations that we inhabit, are all historically specific: they depend on a genealogy of practices, knowledges, discourses, regulations, performances and representations articulated in a way that is complex yet nevertheless legible over time. We have decided to open the Urban Histories section by stepping back, broadening the horizon of our analysis and looking at the logic and the patterns that intertwine space and time through cross-disciplinary dialogue. For this purpose, we have invited two key authors in the field of historical geography and spatial history, Derek Gregory and Stuart Elden, members of URBAN's International Advisory Board, to join a conversation about the spaces of History.

Stuart Elden started his career as a lecturer at the University of Warwick and has held visiting posts at the Universities of Virginia, California, New York, Singapore, Washington and London, amongst others. He is currently Professor at Durham University. He was a founding editor of *Foucault Studies* and is currently the editor of *Environment & Planning D: Society & Space*. He has published several books and numerous articles that analyse the spatial dimension in the work of key twentieth century thinkers and trace the intersections between space, power, and the history of our modern conception of territory. His last authored book, *Terror and Territory*, won the Globe Book Award for Public Understanding of Geography and the Political Geography Speciality Group Julian Minghi Outstanding Research Award, both from the Association of American Geographers.

Derek Gregory began his career as a lecturer at the University of Cambridge, has been Visiting Professor at a string of universities around the world and editor in a number of internationally renowned journals. He is currently Professor at the University of British Columbia, where he has received several awards and Distinguished University Scholar status. His work has also been awarded by the Alexander von Humboldt Stiftung, he is a Fellow of the British Academy and the Royal Society of Canada, and has received the Founder's Medal of the Royal Geographical Society and honorary doctorates from the Universities of Roskilde and Heidelberg. A considerable part of his long career is devoted to the inspection and analysis of a wide range of historical geographies and reflection on possible interfaces between geography and contemporary social theory. Works such as *Geographical Imaginations* or *The Colonial Present*—now in its 9th printing—are widely acknowledged as key contributions to twentieth-century geographical theory. Gregory has also been Managing Editor of the 5th edition of *The Dictionary of Human Geography*.

Our discussion with them covers the place of history in socio-spatial theory and in their own work, old and new ways of thinking about the intersection between history and territory, space and time, the implications of geography and history for thinking about contemporary politics, and the challenges now faced by critical thought and academic work in the current neo-liberal attack on public universities and the welfare state.

KEYWORDS

Socio-spatial Theory, Spatial History, Historical Geography, Philosophy of History, Michel Foucault, Social Commitment at the University.

... necesitamos la historia para la vida y la acción, no para apartarnos cómodamente de la vida y la acción, y menos para encubrir la vida egoísta y la acción vil y cobarde. Tan solo en cuanto la historia está al servicio de la vida queremos servir a la historia...

Friedrich Nietzsche (1874)

Sobre la utilidad y los prejuicios de la historia para la vida

ÁLVARO SEVILLA: Me he permitido rescatar estas frases frecuentemente citadas del comienzo de la segunda de las *Consideraciones Intempestivas* de Nietzsche porque, creo, pueden ayudarnos a abrir esta conversación introduciendo uno de sus temas más espinosos. Como sabéis, este trabajo constituye una furibunda diatriba contra la contemporánea escuela historicista alemana sobre los cimientos paradójicos de una defensa de la necesidad de la historia para la vida, para la acción.

No pretendo, en todo caso, hacer una recuperación acrítica de este texto, que me parece sembrado de conflictos; uno de ellos, y no el menor, sería la posición concreta de ese llamamiento a una historiografía operativa en un momento —la redacción es de 1874— crucial y agitado en la historia de Alemania y en el ocaso de un siglo que depredó el pasado en busca de significados con los que construir su presente. Más bien es este problema concreto, es decir, la consciencia de la necesidad de la historia y, simultáneamente, la inseparable dificultad de identificar en qué sentido ésta es necesaria, el que nos ha animado a reuniros para este debate.

A pesar de la diversidad de vuestros contextos académicos y disciplinares de origen, compartís una común aproximación a la historia *en tono menor* desde momentos tempranos en vuestras carreras, como apoyo en el esfuerzo más amplio de comprensión de todo un abanico de dimensiones y modos de producción del espacio — un concepto que tomaré de Lefebvre, al que ambos, desde distintas posiciones y momentos, sois cercanos y que quizás pueda servir de arena común a nuestros distintos planteamientos a lo largo de este debate. En definitiva, pese a ser extranjeros en el país extraño del pasado habéis navegado sus aguas en busca de respuestas y preguntas, apuntando así a la necesidad del análisis histórico como herramienta imprescindible en vuestro trabajo. ¿Por qué elegisteis la historia en vuestras investigaciones? O, de otro modo y más allá de vuestra circunstancia personal, ¿para qué la historia en la comprensión de la producción y concepción del espacio? ¿Por qué una historia de la producción del espacio o una historia espacial de la sociedad?

DEREK GREGORY: Me formé como geógrafo histórico en Cambridge y sospecho que he retenido buena parte de esa sensibilidad en mi trabajo posterior. Por supuesto, el pasado está siempre presente en formas precarias y necesariamente parciales: tiene una presencia material, como objeto y forma construida, como archivo y texto, y también persigue al presente como memoria e incluso como ausencia. Dado que el pasado es siempre fragmentario y en la medida en que arroja estas sombras sobre nuestro propio presente, requiere una reconstrucción y una interrogación constante. En mi trabajo estoy interesado en la historia por dos motivos. El primero es que me atrae la duplicidad de la continuidad y el cambio; no creo que la historia sea episódica, que pueda dividirse en fases, y por tanto deseo recuperar la desigualdad de sus transformaciones: sus irregulares aristas en el espacio y el tiempo. El segundo es que me seduce el poder normativo de la historia —lo que Edward P. Thompson una vez llamó el deseo de volver hacia atrás y coger de la mano a Swift (o del cuello a Walpole)—, pues nos permite identificar esos valores y respuestas que merece la pena recuperar y dilatar en nuestro propio presente... y, por extensión, revelar aquellas herencias del pasado que deberían haber sido enterradas bajo el polvo de la historia. Por ambos motivos admiro *La ciudad en la historia*, de Mumford (1979, ed. original 1961): a pesar de todos sus problemas, abre un nexo crucial entre ciudades, poder y espacio, dotado de una densa y rica materialidad.

Confieso que con el paso de los años me siento menos cautivado por el trabajo de Lefebvre, y aún menos por la mayor parte de las lecturas que se han hecho del mismo. *La producción del espacio* (1974) sigue siendo un libro maravillosamente sugerente, pero no creo que soporte un encuentro íntimo con el archivo o el trabajo de campo —ambos lugares cruciales para cualquier historia crítica realmente vigorosa— y soy profundamente escéptico de cualquier ‘historia de la producción del espacio’ de carácter general. Desde luego, hay mucho más en ese libro que la argumentación esquemática de este tipo de proyecto —pienso en los ataques subterráneos a Foucault, Lacan y otros— pero es precisamente Foucault quien, por encima de cualquier otro, me ha proporcionado una visión profunda del enfoque necesario en una ‘historia espacial’. No estoy pensando aquí en ningún repertorio conceptual concreto —aunque su noción de ‘historia del presente’ es el modo más económico de describir mi propio interés en el pasado— y, ciertamente, soy consciente de los problemas de su obsesión con la Francia metropolitana. Pero admiro su modo de trabajar —la naturaleza insistentemente empírica y concreta de sus indagaciones— y la cualidad lírica de su escritu-

ra. También me ha hecho comprender —incluso más que Lefebvre— el papel central de la visión y la visualidad en las espacializaciones contemporáneas.

Veo que en los comentarios anteriores he diferenciado ‘geografía histórica’ e ‘historia espacial’; cada uno de estos conceptos tiene su propia genealogía, pero es vano privilegiar uno sobre otro. Resulta mucho más productivo, creo, permitir que cada uno se diluya en el contrario. Mi trabajo actual sobre la guerra moderna sería imposible sin ambos.

STUART ELDEN: Mis estudios universitarios fueron en política e historia moderna y considero que todo mi trabajo puede incluirse bajo la categoría general de la historia de las ideas. Este tipo de aproximación puede encontrarse tanto en los estudios que he desarrollado sobre pensadores particulares como en mi trabajo en curso sobre la historia del concepto de territorio. Incluso mi investigación sobre la ‘guerra contra el terror’ era histórica en ciertos aspectos.

Como Derek, considero muy importantes a Lefebvre y Foucault. Pero la pregunta mencionaba a Nietzsche y me gustaría retroceder un poco. Nietzsche es el primer pensador en el que trabajé en detalle. El primer capítulo de mi tesis doctoral trataba sobre él — el resto de capítulos estaban dedicados a Heidegger y Foucault. El conjunto se convirtió en el libro *Mapping the Present* (2001), aunque el material sobre Nietzsche fue dividido y repartido en ciertos pasajes de los otros capítulos. La segunda *Consideración Intempestiva* (2003, ed. original 1874) fue quizás más importante para mí que *La genealogía de la moral* (2007, ed. original 1887) en la reflexión sobre los aspectos que mencionas. Por otra parte Heidegger es, para mí, el pensador que une a Nietzsche y Foucault. El único lugar en *Ser y Tiempo* (2009, ed. original 1927) donde Heidegger trata a Nietzsche en profundidad es precisamente un comentario sobre la segunda *Consideración*. Nietzsche ofrece la sorprendente definición de la filología como intempestiva: «actuar contra el tiempo y por tanto tener un efecto sobre el tiempo, para ventaja, podemos esperar, de un tiempo por venir»¹. La noción foucaultiana de una ‘historia del presente’ está ahí en germen; pero si Nietzsche orienta su aproximación crítica a la historia hacia el pasado, es Heidegger el que apunta hacia el futuro.

Con respecto a Lefebvre, mi impresión es que necesita ser rescatado de sus intérpretes. Leer *La producción del espacio* a través de la lente del primer capítulo —la triada espacial, etc.— es reduccionista. Es la lectura histórica que encontramos en el resto del libro, creo, la que resulta más útil — una de mis insatisfacciones con el libro que escribí sobre Lefebvre (Elden, 2004) es que no puse suficiente énfasis en este aspecto. Desde luego hay todo tipo de errores historiográficos en este trabajo, pero formula cuestiones verdaderamente valiosas. El modo en que emplea estas ideas en su obra sobre el estado, donde supera la concepción de una historia del espacio y acomete una suerte de historia espacial —como también hizo en sus retratos de 1871 y 1968— ha sido realmente fructífero para mí.

Sugeriría que el principal legado de estos pensadores son las preguntas que formulan. Casi todo lo que Foucault dice sobre el territorio está, en el mejor de los casos, desorientado, pero el modo en que ha trabajado estos materiales ha sido realmente productivo. Creo que es ese tipo de aproximación histórica o sensibilidad la que he tomado de ellos. No soy capaz de pensar sobre algo sin preguntarme qué es lo que significan y significaban las palabras que se están empleando, cómo llegaron a comprenderse de ese modo, qué configuraciones de población, lugar y poder produjeron ese estado de las cosas. Se trata de preguntas fundamentalmente históricas y la relación entre conceptos, palabras y prácticas es crucial para el trabajo que realizo.

¹ Stuart Elden realiza sus propias traducciones de los originales tanto en sus trabajos como en esta entrevista. Nuestra traducción parte, en consecuencia, de la suya, prescindiendo para este caso concreto de las traducciones al castellano ya existentes. (N. del T.)

ÁLVARO SEVILLA: Estoy completamente de acuerdo en que la apertura de nuevos horizontes de sentido para comprender la relación entre espacio y tiempo es uno de los aspectos más fecundos del encuentro con estos autores... también es, en el fondo, la inquietud que impulsa la celebración de este debate en una revista como URBAN.

Permitidme ahora desplazar el dilema planteado en mi primera pregunta a otro plano de análisis. Me gustaría proyectar esa dualidad entre continuidad y cambio que Derek sugería sobre las propias formas de pensar las relaciones entre pasado y presente en algunos momentos clave a lo largo del siglo XX. Se ha mencionado la noción foucaultiana de 'historia del presente' y se han señalado sus articulaciones con la obra de Nietzsche y Heidegger. Pero, desde otro punto de vista, estamos ante trabajos que pertenecen a estructuras de pensamiento históricamente heterogéneas, que parecen requerir un deslinde más preciso.

Stuart ha advertido la cesura que separa a Nietzsche y Heidegger en sus aproximaciones críticas a la historia. De forma casi contemporánea a *Ser y Tiempo* y desde coordenadas ideológicas opuestas, Antonio Gramsci escribía en sus *Cuadernos de la Cárcel* (2007) acerca del presente como 'crítica del pasado'². Aun mostrando una sensibilidad nueva hacia la relación entre ambos —consciente del modo en que el presente *arrastra consigo* parte del pasado—, en el discurso gramsciano la historia se declina claramente como proyecto de transformación social, como programa de futuro. A esta lógica, inscrita en el diagrama del proyecto histórico de la modernidad, se podrían adscribir también toda una serie de paisajes disciplinares coetáneos, directamente relacionados con la concepción y producción del espacio —pienso no sólo en las aspiraciones de superación del pasado y revolución espacial de las vanguardias arquitectónicas y urbanísticas de entreguerras, sino también en un amplio abanico de geografías aplicadas, de estrategias y políticas territoriales, etc.

Con Heidegger se abre una línea muy distinta, que quizás puede leerse más fácilmente en filósofos posteriores, especialmente en la reflexión que Gadamer desarrolla a principios de los sesenta. Su comprensión de la consciencia histórica como «el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones» (Gadamer, 1993:41) apunta a una posición reflexiva. La consciencia histórica se coloca «en una relación reflexiva consigo misma y con la tradición: ella se comprende a sí misma por y a través de su propia historia. *La consciencia histórica es un modo de conocimiento de sí*» (Gadamer, 1993:60, énfasis en el original). Esta deriva *interpretativa*, la inclinación hacia el principio de fusión de horizontes (*Horizontverschmelzung*) —frente a la *producción* activa y a veces violenta de nuevos horizontes— será común durante las décadas posteriores, especialmente en lo que respecta a la filosofía de la historia.

Es obvio que estos deslizamientos en las formas de concepción de la historia, el paso del proyecto histórico a la posición reflexiva, de la 'crítica del pasado' a la 'historia del presente', se inscriben en un haz de fuerzas que también ha arrastrado consigo a los aparatos de producción del espacio, al menos en su dimensión simbólica más superficial y aparente —pienso, obviamente, en la dimensión más banal de la arquitectura postmoderna. Pero ¿en

² El texto dice así: «Come il presente sia una critica del passato, oltre che [e perché] un suo 'superamento'. Ma il passato è perciò da gettar via? E da gettar via ciò che il presente ha criticato 'intrinsecamente' e quella parte di noi stessi che a ciò corrisponde. Cosa significa ciò? Che noi dobbiamo aver coscienza esatta di questa critica reale e darle un'espressione non solo teorica, ma politica. Cioè dobbiamo essere più aderenti al presente, che noi stessi abbiamo contribuito a creare, avendo coscienza del passato e del suo continuarsi (e rivivere)» (Gramsci, 2007: vol.I, 137, énfasis en el original). Traducción propia: «Cómo el presente es una *crítica* del pasado, además de (y debido a) su 'superación'. Pero ¿debemos ignorar por esto el pasado? Hay que ignorar aquello que el presente ha criticado 'intrínsecamente' y esa parte de nosotros mismos que le corresponde. ¿Qué significa esto? Que debemos tener una consciencia exacta de esta crítica real y darle una expresión no sólo teórica, sino *política*. Es decir, debemos apegarnos al presente, que nosotros mismos hemos contribuido a crear, teniendo consciencia del pasado y de su continuidad (y de su revivir)». Ver también Gramsci (2007: vol. II, 756-8, 873).

qué medida creéis que afectan estos seísmos epistemológicos a los aspectos estructurales de la producción de ciudad o, de modo más profundo, a las propias formas de comprender y replantear las relaciones socioespaciales? ¿Cómo se perciben desde vuestras disciplinas estas derivas en la concepción de la articulación entre tiempo, espacio y sociedad?

STUART ELDEN: Esta es una pregunta difícil de responder para mí, en buena medida porque no conozco en profundidad el trabajo de Gadamer y Gramsci —del que he de confesar me alejé por mi experiencia en departamentos de política y relaciones internacionales, donde el neogramscianismo era el no va más, aunque no estoy seguro de que eso tenga realmente mucho que ver con Gramsci—. En realidad he leído a ambos como analistas de otros autores —Gadamer sobre Heidegger, Gramsci sobre Dante y Maquiavelo—, antes que por su propio trabajo... estoy seguro que en detrimento mío. Ciertamente, el modo en que caracterizas a Gramsci lo posiciona como parte de una larga tradición de pensamiento marxista, que concibe la historia como un medio de transformación social. Intenté emplear un argumento similar en mi lectura de Lefebvre. Lefebvre es un pensador de lo posible, tanto en términos de *lo que hizo* posible las cosas —una cuestión histórica— como en relación a *lo que podría ser* posible —una cuestión política—. Las indicaciones de Gadamer sobre la consciencia histórica que mencionas son muy interesantes y podrían ponerse en relación con el impacto que sobre él tuvieron las lecturas de Heidegger sobre Aristóteles y en particular la noción de *phronesis* (φρόνησις); se refiere a ello en su *Philosophical Hermeneutics*³ (2008).

En todo caso me esforzaré en defender que estos modos diversos de pensar la historia han tenido un impacto en la producción del espacio. De hecho, formulada en los términos que acabo de emplear, esta idea tendría un aire determinista sumamente insatisfactorio. No creo que sea esto lo que sugieres, pero hay un riesgo en ver los cambios epistemológicos como vanguardia de los cambios en las prácticas. En mi propio trabajo, en este momento, me interesa rastrear la forma en que los modos de pensar el espacio interactúan con las políticas espaciales, en particular en términos de territorio, pero desde luego nunca existe una relación causal directa, sino más bien compleja y contaminada por todo tipo de contingencias. Obviamente creo que ésta es una tarea importante, pero difícil. Intentar analizar en detalle cómo las discusiones textuales influyen en las acciones políticas es extremadamente peliagudo. Es mucho más fácil realizar la lectura en sentido inverso, desde luego, pero tampoco aquí podemos reducir enteramente un argumento a su contexto.

Tomemos, por ejemplo, los *Tratados sobre el gobierno civil* de John Locke. Necesitamos comprender esta obra como una crítica a Filmer, como el trabajo de un calvinista, un inglés, en términos de colonialismo, etc. Ha habido un prolongado debate en torno a la fecha en que este texto fue escrito. Se pensaba que fue redactado poco antes de su publicación en 1690, de modo que debía ser comprendido en relación a la Revolución Gloriosa de 1688. Entonces Peter Laslett (1988) aportó evidencias sólidas de que debía ser datado en una fecha mucho más temprana en esa década, y que por tanto era producto de la Crisis de la Exclusión. No era, pues, la justificación de una revolución ya acaecida, sino una llamada a la necesidad de la misma. Y, con todo, a pesar de que apoyo los argumentos a favor de la lectura de los textos en sus contextos, hay algo en relación a cualquier texto que trasciende esa asociación.

También me gustaría hacer una pequeña advertencia acerca del modo en que pensamos y repensamos las relaciones socioespaciales. Puede haber una tendencia ligeramente peligrosa a dejarnos llevar por la última novedad —la nueva teoría, el nuevo entramado de planteamientos— sin haber digerido suficientemente lo viejo. En algunos aspectos esta es la

³ Se trata de una compilación sin equivalente exacto en traducción castellana. Ver las referencias bibliográficas finales para varias compilaciones en castellano que recogen parcialmente los contenidos del libro citado. (N. del T.)

fortaleza de la geografía como disciplina: puede estar increíblemente abierta a nuevas ideas de un modo que otras disciplinas son incapaces de sostener. Pero en otro sentido esto es una auténtica debilidad. He comentado en otras ocasiones que me sorprende negativamente el hecho de que tan pocos geógrafos hayan hecho el trabajo de traducir, editar o presentar a los pensadores que ahora pueblan sus referencias por doquier. Pero es también la escasez de libros como *The Limits to Capital*, de David Harvey (1982), una obra mayor tanto en su ambición como en su factura. Nada como eso ha sido escrito por ningún geógrafo en relación a ningún pensador postestructuralista y creo que es una oportunidad desafortunadamente perdida.

De modo que, en relación a tus preguntas, podría decir que estoy interesado en una cuestión de naturaleza propiamente histórica, no tanto cómo debemos comprender las relaciones socioespaciales, o la relación entre tiempo, espacio y sociedad, sino cómo han sido éstos comprendidos en distintos momentos y lugares. Intentar capturar algo de estos modos de pensamiento y práctica es, creo, más fructífero que proponer en la actualidad un nuevo modo de comprenderlos.

DEREK GREGORY: La distinción que Álvaro realiza es interesante, aunque sería oportuno localizar a los tres autores que menciona —Gramsci, Heidegger y Gadamer— en (una compleja) relación con el fascismo en las décadas de 1920 y 1930, subrayando así los modos en que las cartografías epistemológicas se intersectan con los horizontes políticos. Desde luego no hay nada axiomático en estas intersecciones y comparto el rechazo de Stuart a identificar un movimiento lineal de la epistemología a la política, o viceversa. Mapear sus interpenetraciones —y rupturas— requiere lecturas cuidadosas, críticas y contextuales que son significativamente raras en mi propio campo.

Pero la distinción general a la que diriges nuestra atención trasciende a estos autores. Seyla Benhabib (1986) identificó en su día dos momentos en cualquier teoría crítica —el *diagnóstico-descriptivo* y el *utópico-anticipativo*— que animan no sólo los escritos de Gramsci, sino los del marxismo en general. Creo que está claro que el cuestionamiento explícitamente espacial del proyecto de la modernidad ha producido una serie de indagaciones forenses de las (trans)formaciones espaciales del capitalismo, el imperialismo, el patriarcado, etc. que a buen seguro merecen el calificativo de diagnóstico-descriptivas, pero, con la excepción de David Harvey, ha habido mucho menos progreso en la movilización de la ‘crítica del pasado’ para pensar más allá del presente y redimir el impulso utópico-anticipativo. Es irónico, porque la fortaleza del ‘giro espacial’ ha sido la superación de la idea de que el espacio es lo que Foucault una vez caracterizó como «lo muerto, lo fijo, lo no-dialéctico, lo inmóvil» (Foucault, 1980:70), y las teorizaciones recientes han hecho mucho por proporcionar concepciones ontogénicas del espacio —modos de pensar sobre el espacio como proceso, como *performance*— que van más allá de ideas que en Marx o Foucault sólo podían ser atisbadas. A pesar de todo, cuando se trata de la política como proyecto —cuando se trata de intervenciones que, en los términos empleados por Álvaro, persigan «un programa de futuro»— entonces los movimientos y ritmos del espacio parecen llegar a un alto en el camino y nos volvemos a encerrar en la prisión espacial de la que acabábamos de escapar.

Hay muchas razones para ello, pero una de las más agudas es la espacialidad cambiante de la propia academia. Siguiendo la luminosa recuperación que David N. Livingstone (2003) hace de lo que él denomina los ‘espacios de la ciencia’, nos hemos hecho mucho más sensibles al significado de los múltiples espacios en los cuales se producen los conocimientos geográficos y a través de los cuales éstos circulan. Pero hemos hecho muy poco por mostrar las deformaciones de la propia universidad corporativa (tardo)moderna. No quiero decir que no existan análisis críticos —existen— pero la mayoría nos limitamos a intercambiarlos entre nosotros mismos. A nivel colectivo hemos sido sorprendentemente lentos en hacer uso de los nuevos foros y los nuevos medios para producir nuevos públicos críticos. ¡También

aquí deberíamos tomar nota de la labor de Harvey! En un momento en que la propia idea de universidad pública está bajo constante amenaza en Norteamérica y Europa, es importante insistir en la vitalidad no-instrumental del pensamiento crítico —que no es la reflexión crítica promovida por la mayoría de universidades—. Pero también debemos comprometernos con audiencias más amplias; «decir la verdad al poder» significa más que llevar la contraria a nuestros amos, y el ‘giro espacial’ tiene que realizarse decididamente hacia fuera y no hacia dentro.

Si bien Gadamer tiene mucho que enseñarnos sobre hermenéutica, no creo que ésta deba requerir ninguna ‘fusión de horizontes’. Aún considero las reflexiones de Donna Haraway (1988) sobre el *conocimiento situado* uno de los modos más sugerentes de pensar sobre los espacios en los cuales y a través de los cuales se produce el conocimiento. Su idea más aguda es que la reflexividad es siempre condicional y la autoconsciencia siempre parcial y provisional, dado que todo conocimiento se produce por alguien desde algún lugar; precisamente porque no podemos visualizar nuestra propia *situacionalidad* estamos obligados a entablar conversaciones con otros: sólo a través del diálogo comenzamos a comprender —a re-conocer— nuestros propios prejuicios y limitaciones y empezamos a hacer algo al respecto. Pero esto no es una fusión de horizontes; también deben tomarse decisiones. Formamos alianzas con ciertos grupos, solidaridades con aquellos otros e incluso nos oponemos a los de más allá. Por ello necesitamos conversaciones públicas y no lecciones magistrales, por ello el ‘giro espacial’ nos conmina a identificar e inventar espacios de posibilidades aún no imaginadas.

ÁLVARO SEVILLA: Si sacar nuestro trabajo a la calle —hacerlo realmente productivo, más allá de los muros de la academia— es la mejor forma que tenemos de ayudar en la construcción de esos ‘espacios de esperanza’ que sugiere Derek, creo que las narrativas a las que apuntan las historiografías críticas pueden y deben contribuir a la formación de esos espacios. Intentaré volver sobre este aspecto más adelante.

Pero, efectivamente, aún estamos lejos de alcanzar un mínimo consenso en torno al papel que las prácticas espaciales puedan tener en la apertura de lo político o, a la inversa, acerca del rol que nuestras acciones políticas puedan tener en el develamiento (*disclosure*) del espacio social. Ni siquiera me parece que la teoría haya producido un *corpus* homogéneo en este sentido y quizás sería oportuno que os detuvierais un poco más sobre este asunto desde vuestro punto de vista personal. Por ejemplo, parece revelador que Ernesto Laclau —sin duda un pensador clave para la comprensión de esas alianzas críticas que Derek sugiere— haya indicado que «la política y espacio son términos opuestos» («[p]olitics and space are antinomic terms»), que «la política sólo existe en la medida en que no prestamos atención a lo espacial» («[p]olitics only exist insofar as the spatial eludes us») (Laclau, 1997:68), favoreciendo en su lugar la dimensión temporal e histórica como el principal vector de lo político. De otro modo, en su insistencia en privilegiar esta dimensión temporal, el trabajo de Laclau y el de otros autores —Jameson, incluso el propio Harvey en ciertos aspectos— parece articular un continuo *retorno de lo reprimido histórico* en una era que ha proclamado la supremacía del espacio: la historia y la historiografía siguen, de este modo, ostentando un lugar central en la producción social de sentido a pesar de los reiterados anuncios de defunción oídos en las últimas décadas. Como ya hemos visto vuestro propio trabajo es una buena muestra al respecto.

Intentaré desarrollar esta idea cerrando el esbozo de historia de la filosofía de la historia que hemos seguido hasta ahora y situándolo en las epistemologías espaciales de la teoría social contemporánea. Como sugirió Fredric Jameson, la alabanza postmoderna del espacio se ha visto acompañada de una paralela devaluación de la historicidad de los procesos sociales. En Francia la propuesta espacial de Foucault —que en su origen, hay que recordarlo, deriva de un diálogo con *Annales* y mantuvo siempre un delicado equilibrio con la dimensión

histórica— se radicalizó posteriormente en las filosofías del evento y el devenir abiertas por Deleuze; en fecha reciente y siguiendo esa línea, cada vez más alejada de la visión histórica, Alain Badiou ha advertido contra el «terrible sindicato de los historiadores»⁴ y ha declarado en varias ocasiones que «la historia no existe» (Badiou, 1985:18; 2009:190), una frase que fuera de contexto traiciona el sentido que su autor le atribuye pero en la que puede adivinarse el anti-historicismo implícito en sus planteamientos. En el mundo anglosajón, el arco temporal que une el análisis del *status* narrativo de la historiografía de Hayden White (1973; 1978) con la postura extrema de Keith Jenkins (1991; 2009) y su propuesta de ‘terminar con la historia’ ha hecho temblar el suelo académico, levantando un coro de airadas protestas.

Pero si desplazamos estas controversias a la *carne* concreta del espacio material de la ciudad y el territorio la polémica pierde temperatura o adquiere una dimensión secundaria. Porque, incluso si leemos metafóricamente nuestras ciudades y sus historias como textos, éstos se presentan como *textos ciertos* —muy alejados de las *políticas de la ficción* analizadas por White—; abiertos, si se quiere, a ulteriores disputas de significado —a nuevas codificaciones, a nuevas territorializaciones—, pero en todo caso ‘escritos en piedra’. Esto nos lleva, a su vez, a un dilema sobre la naturaleza contemporánea de esos textos urbanos y el tipo de lectura que demandan. Derek se ha referido a Lewis Mumford y me gustaría aludir a él como figura de contraste para la idea que tengo en mente. Al principio de *La cultura de las ciudades* podemos leer: «Las ciudades son un producto del tiempo, son los moldes en los cuales las vidas de los hombres se han enfriado y congelado, dando forma permanente, mediante el arte, a momentos que de otra manera se desvanecerían con lo viviente [...]. En la ciudad el tiempo se hace visible» (Mumford, 1959:12). A pesar de lo sugerente de estas ideas y su pertinencia en el problema que estamos tratando, el texto de Mumford parece saludarnos desde un lugar muy lejano, desde una inocencia hoy perdida, que quebraría una posible recuperación para nuestras lecturas contemporáneas. Quizás la fecha de esta obra —1938— es clave para comprender la distancia que la separa de las *Tesis de filosofía de la historia* de Benjamin, redactadas durante 1940. Sólo hay dos años entre ambos textos... pero también el inicio de la guerra. A pesar de la belleza de las imágenes de Mumford, es el paisaje ruinoso que el *Angelus* de Benjamin recorre el que se acomoda mejor a nuestra mirada actual a la espacialidad de los conflictos políticos contemporáneos: sin ir más lejos, pienso en vuestro trabajo reciente —*Terror and Territory* (2009a) de Stuart o, en el caso de Derek, *The Colonial Present* (2004) o *Violent Geographies*, este último coeditado con el fallecido Allan Pred (Gregory & Pred, 2007)—. ¿Qué problemas e inquietudes os animaron a iniciar estas indagaciones? ¿En qué plano leéis estas experiencias en relación a los aspectos que estamos tratando y a la historia de las historiografías espaciales?

En todo caso, si el espacio ha sido una oportunidad para la historiografía durante el siglo XX —en sentidos diversos, de Braudel a Foucault—, ¿es posible pensar que, aún hoy, la historia y su narración puedan ser una oportunidad para una relectura del territorio que abra el camino a esa nueva praxis espacial que apuntábamos al principio? O, de otro modo, si el postmodernismo y el postestructuralismo han supuesto una ocasión para la recuperación de las categorías espaciales en la teoría social, ¿puede la historiografía crítica —en cuanto refutación continua del presente— ser un ingrediente central en la construcción de sentido de las nuevas políticas multitudinarias después de la modernidad?

DEREK GREGORY: No comprendo por qué la visión del espacio y lo espacial de autores que nunca han intentado conceptualizar en profundidad estos términos se toma en serio; creo que Laclau es una distracción irrelevante. También lo es, creo, cualquier intento de

⁴ Badiou, Alain (2004) “Foucault: continuité et discontinuité”, en *Le célibataire: Revue de psychanalyse*, n° 9: *Le pouvoir chez Lacan et Foucault*, cit. en Toscano (2008).

separar tiempo y espacio, historia y geografía, *apriorizando* un extremo sobre el otro. Si los filósofos tienen algún problema con esto, entonces mucho peor para la filosofía. Nos ahorraríamos buena parte de este sinsentido si regresáramos al maravilloso análisis de *The Culture of Time and Space 1880-1918* de Stephen Kern (1983) y exploráramos alguna de sus sugerentes tesis con mayor profundidad y detalle. Por ejemplo, la propia nomenclatura de la Primera Guerra Mundial y luego la Segunda indica un significado temporal —pienso en el horror de la Gran Guerra siendo reciclado como la *Primera* Guerra Mundial, con la terrorífica implicación de que no se trataba de un fenómeno único, sino meramente de uno de los elementos de una serie más amplia— pero también señala lo espacial —lo global: ambas fueron identificadas como guerras ‘mundiales’— y por tanto es poco sorprendente que la modernidad temprana —un paisaje en el que podemos incluir a figuras como Benjamín— se haya caracterizado por un intento de visualizar lo espacial en términos nuevos, capaces de trascender las geometrías planares de la geopolítica contemporánea. En síntesis, los argumentos sobre una obsesión moderna con el tiempo y una obsesión postmoderna con el espacio parecen en el mejor de los casos errados y, en el peor, improductivos: lo mismo se pierde al intentar embutir las geografías históricas en estos dos atestados baúles.

Mumford es, de hecho, relevante aquí, pero leo la relación entre *La cultura de las ciudades* y *La ciudad en la historia* de modo bastante distinto. En *La cultura de las ciudades*, publicado efectivamente sólo un año antes de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, Mumford incluyó un capítulo titulado “Breve bosquejo del infierno”, en el que volvió el *Angelus* hacia el futuro para enfrentarlo al terrible horizonte de la guerra total. Enfurecido contra lo que él llamaba las «ceremonias guerreras» escenificadas en la «metrópoli imperial» («de Washington a Tokio, de Berlín a Roma») (Mumford, 1959:347): me pregunto ¿dónde estaban Londres o Moscú?, Mumford supo captar el pavor premonitorio de la guerra aérea. La ciudad no era ya —eso decía él— el lugar donde la seguridad triunfaba sobre la depredación, y leyó en el preludio a la guerra no la paz, sino otra versión de la guerra. Así, los ensayos para la defensa (las máscaras de gas, los refugios antiaéreos, los simulacros) eran «la materialización de una pesadilla hábilmente evocada» (Mumford, 1959:349) en la cual el miedo consumía el ideal de una vida civilizada y cultivada antes de que las bombas comenzaran a caer. La «metrópoli guerrera», concluía, era una «no-ciudad» (Mumford, 1959:351). Tras la guerra Mumford revisó la necrópolis, lo que describió como las «ruinas y cementerios» de lo urbano, y concluyó que su esbozo original no podía ser incorporado en su exploración revisada, *La ciudad en la historia*, simplemente «porque todas sus previsiones se vieron copiosamente confirmadas». Oteó el osario de la guerra desde el aire —Varsovia y Rotterdam, Londres y Tokio, Hamburgo e Hiroshima— e indicó que «[a]parte de los millones de personas —seis millones de judíos, solamente— muertos por los alemanes en sus campos de exterminio suburbanos, por inanición o cremación, ciudades enteras fueron convertidas en campos de exterminio por los desmoralizados estrategos de la democracia» (Mumford, 1979:730).

No afirmo que podamos aceptar a Mumford sin cuestionarlo y menos aún trasladar sus argumentos a nuestro propio presente, pero creo que su enfoque, a un tiempo histórico y geográfico, es tremendamente importante. Al enfrentarnos en la actualidad con lo que Stephen Graham (2010) denomina el ‘nuevo urbanismo militar’ necesitamos recuperar su genealogía —interrogar la novedad que pretenden atribuirle los que lo proponen y critican— con el fin de iluminar la geografía histórica de nuestro propio presente. Estoy a punto de cerrar *War Cultures*, libro en el que exploro las modalidades de la guerra contemporánea —lo que un analista ha denominado la ‘guerra omnipresente’— y trazo los contornos móviles de espacios de batalla dispersos, fracturados, zonificados, en los cuales las ciudades constituyen puntos de pivote fundamentales. Me centro en la representación (no en la producción) de tres tipos de espacio: el espacio abstracto del objetivo militar, el espacio extraño del enemigo-otro y el espacio legal-letal de excepción. Cada uno de ellos posee su propia historia, pero en su articulación operan para legitimar el argumento retórico de que

la dirección de la guerra por los ejércitos avanzados es ahora quirúrgica, sensible y escrupulosa. Para contestar estas proposiciones, para problematizarlas, es absolutamente esencial reconstruir tanto sus genealogías como sus geografías. Persigo este fin con mayor amplitud en mi nuevo proyecto, *Killing Space*, que pretende ser una genealogía-geografía de la guerra aérea. Estoy examinando tres episodios clave: la ofensiva combinada de bombardeo contra Alemania en la década de 1940, la guerra aérea de los EE.UU. sobre Vietnam, Camboya y Laos en las de 1960 y 1970 y los recientes ataques de EE.UU. sobre Afganistán y Pakistán. Hasta ahora tengo claro que el árbol genealógico es mucho más complejo de lo que las historias convencionales han reconocido y que los espacios a través de los cuales han sido desplegadas estas campañas iban más allá de los propios lugares de bombardeo. Mi esperanza es que, al mapear estos espacios más amplios, será posible interrumpir la propia cadena de muerte: después de todo, cuando excavamos bajo los escombros para recuperar a las víctimas es ya demasiado tarde. Necesitamos comprender cómo los bombardeos aéreos se hacen a un tiempo posibles y permisibles — y ambos momentos están íntimamente conectados.

Se trata de proyectos singulares, y soy reacio a emplearlos como marcos para una ‘nueva política’. Pero creo que cualquier política sería que retar el nexo entre lo posible y lo permisible: de lo contrario la «refutación continua del presente», tal y como la has definido —una frase magnífica— será acallada. Y considero que el silencio cómplice será siempre más profundo si caemos en la trampa de separar tiempo y espacio, historia y geografía.

STUART ELDEN: Permitidme volver brevemente atrás en la conversación para añadir una pequeña nota en respuesta a uno de los comentarios de Derek en su anterior intervención. Por mi experiencia de trabajo sobre Heidegger, su política y su pensamiento, sé lo difícil que resultan esas intrincaciones a las que Derek se refería. Mi libro *Speaking Against Number* (2006) es probablemente el que más me ha costado escribir y desde luego es el más exigente, lo que se reflejaría en mi impresión de que es mi trabajo menos leído. En él intentaba mostrar cómo las acciones políticas de Heidegger no son algo que pueda separarse de su pensamiento, sino que están profundamente imbricadas en él. El Heidegger de la década de 1920 forcejea con la reflexión de la comunidad política, o más específicamente el *Mitsein* (ser/estar-con), y esa es parte de la clave para sus acciones políticas. Aún así, si uno lee su correspondencia con Karl Jaspers (Heidegger & Jaspers, 2003) resulta obvio que su propio activismo político se derivó de una reflexión sobre el propósito de la universidad moderna y las propuestas para su reforma. Merece la pena pensar en ello con cuidado.

Aunque no tengo mucho que añadir sobre Laclau o Jameson, creo que hay un peligro en la idea de que otras disciplinas precisan atravesar un ‘giro espacial’. Siempre me ha sorprendido el sentido extraordinariamente pobre de la historia que tiene la geografía —con la excepción de las aportaciones de la geografía histórica—, especialmente de su propia historia. Este es el caso especialmente en relación a su compromiso teórico. Los geógrafos son muy limitados en el modo en que comprenden los contextos históricos —e incluso geográficos— de los pensadores que emplean en sus textos. Éstos son interrogados, apropiados y utilizados como si fueran colegas que encuentran en los pasillos o personas con las que coincidieron en el último congreso: se los convierte eficazmente en nuestros vecinos y contemporáneos. E incluso en geografía histórica ha habido una progresiva contracción de la extensión temporal que se investiga: Keith Lilley y David C. Harvey han realizado recientemente algunos trabajos que estudian los siglos en los que se está centrando el trabajo y ha habido una deriva dramática hacia el pensamiento posterior a la Ilustración. Es una auténtica pena. Prefiero no demorarme en el ‘fin de la historia’, su inexistencia o los retos que se le plantean, pero no me gustaría que la gente pensara que es suficiente volver atrás sólo unas décadas o incluso unos pocos siglos. En la actualidad estoy leyendo *The Political Landscape: Constellations of Authority in Early Complex Polities*, de Adam T. Smith (2003), un libro que muestra lo que se puede lograr adoptando una perspectiva amplia y lejana. Pero Smith es un antropólogo...

Terror and Territory era, desde luego, un libro muy contemporáneo, aunque hice algún esfuerzo en volver atrás en el tiempo antes del 11-S para examinar en detalle el contexto de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial y el período posterior a la Guerra Fría. Pero *The Birth of Territory*, título provisional del libro que estoy concluyendo, se remonta a la tragedia y la mitología de la antigua Grecia. En parte *Terror and Territory* fue fruto de un deseo de mostrar cómo el enfoque histórico que estaba tomando en este estudio más amplio podía ser empleado para arrojar luz sobre lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor en la actualidad. Creo que comprender cómo se produjeron los hechos nos ayuda a entender dónde estamos y hacia dónde pueden dirigirse las cosas. Una reducción de nuestros horizontes históricos —tanto absoluta como a un período específico— conduce a una aprehensión pobre del presente. También fue un intento de superar mi reflexión teórica abstracta en torno al trabajo de Heidegger, de dirigirme a una audiencia más amplia. Me ha alentado la recepción que el libro ha tenido, aunque mi sensación hasta la fecha es que está siendo leído más dentro que fuera de la academia.

Ciertamente suscribiría el comentario de Derek en relación a los problemas de prioridad y separación entre tiempo y espacio, historia y geografía. Para ser honesto, algunos geógrafos tienen parte de la culpa en la afirmación de que el espacio ha sido continuamente devaluado y del rápido giro en la dirección opuesta para intentar reequilibrar las cosas. Derek acierta al mencionar el libro de Stephen Kern: fue uno de los textos que Mark Neocleous, supervisor de mi tesis doctoral, me recomendó leer para contrarrestar alguno de los argumentos que me entusiasmaban a mediados de la década de 1990. Volviendo explícitamente a tu última pregunta, si la historiografía crítica es una oportunidad para pensar el presente, entonces supongo que diría que el presente es tanto una categoría espacial como temporal. Ese era parte del argumento de *Mapping the Present*. La ‘historia del presente’ de Foucault es un reto que no creo que aún hayamos asumido; lo que intenté mostrar allí es que su historia mostraba ya esa necesaria dimensión espacial.

ÁLVARO SEVILLA: Estoy seguro de que esa capacidad para hibridar y problematizar espacio y tiempo en sus indagaciones es uno de los motivos de su ascendencia sobre vuestro trabajo. Por otra parte añadiría que resulta difícil comprender cómo cierta vulgata postmoderna ha sido capaz de proyectar simétricamente sus propias carencias sobre el pasado, argumentando que la modernidad desatendió la dimensión espacial: ¡cómo iba a hacerlo, si buena parte de sus saberes, técnicas y disciplinas, de la sociología a la planificación urbana, nacieron como respuesta a conflictos espaciales y territoriales!

Antes de continuar haré una apreciación adicional sobre Mumford. El pasaje de *La cultura de las ciudades* que Derek menciona es también una muestra de la contradicción que pretendía advertir y que, quizás, he expresado en términos demasiado vagos. También aquí encontramos una contraposición entre la ‘no-ciudad’ —la *metrópoli guerrera*— y una imagen ideal de la ciudad entendida «como una forma especial de ambiente favorable a la asociación cooperativa» donde toma forma la «vida cívica» y las artes y la creatividad se expresan libremente (Mumford, 1959:350). Lo interesante es que Mumford reconoce que la condición de esa armonía es la ‘seguridad’ interior y la ‘protección’ frente a las «tribus feroces»⁵ —lo que parecería invitar a la apertura de una crítica negativa a esta situación de libertad condicionada al conflicto con el *otro*—. Sin embargo, parece que la pesada herencia de esa larga tradición que le une a Pugin, Ruskin, Morris, Ebenezer Howard, Unwin y Geddes parece desplazar su enfoque hacia un territorio genuinamente *u-tópico*: esa Edad de Oro se desliza inadvertidamente por el no-lugar de la narrativa de Mumford, tomando cuerpo en distintas geografías y épocas, sin un esquema fijo. En definitiva, se enfrenta la ciu-

⁵ El original en inglés dice «the most predatory tribes of men». (N. del T.)

dad del arte, la ciudad cívica, a la no-ciudad de la metrópoli guerrera o, más genéricamente, de la urbanización industrial. En oposición a esta disyuntiva, hoy nos parece más natural pensar, con Benjamin, que «[j]amás se da un documento de cultura [Kultur] sin que lo sea a vez de barbarie» (Benjamin, 1992:182).

Obviamente con estas anotaciones no pretendo atacar a Mumford —cuyas aportaciones son imprescindibles para comprender no sólo la historiografía, sino también la historia de la planificación estadounidense del período de entreguerras—, sino localizarlo adecuadamente en relación a una tradición de reflexión sobre la ciudad que nos lega una herencia problemática. No se trata de un mero pasatiempo erudito. La identificación de estos conflictos discursivos nos permite rastrear su deslizamiento en los coetáneos proyectos de los compañeros de Mumford en la RPAA y comprender las contradicciones de ese ‘reformismo urbano para la Era del Motor’ que tanto ha penetrado en el imaginario de los planificadores, hasta nuestros días.

Recuperando el hilo de la conversación, me gustaría centrar estos aspectos en vuestro propio trabajo y formularos una serie de cuestiones individuales. En el caso de Derek, arriesgaré una interpretación personal que, espero, corrijas si anda muy desencaminada. Pensemos, por ejemplo, en *The Colonial Present*, una obra que abrías con un reconocimiento desnudo del sentimiento de obligación moral e intelectual de dar testimonio de los procesos espaciales en curso tras los atentados del 11-S, un impulso que continúa hasta hoy.

Esa actualidad era el detonante de tu indagación, pero la contranarrativa que proponías para entenderla era en buena medida histórica. Volvías la mirada atrás para comprender el presente de las geografías bélicas en Afganistán, Palestina e Irak, pero no a la luz contrastante de un pasado pacífico o de un equilibrio roto por la ‘guerra contra el terror’, sino a través de una rica genealogía que rastreaba en ese presente el *orientalismo espacial* y las tensiones de los imperios occidentales, toda una constelación de imaginaciones geográficas que permitían y conformaban las prácticas espaciales desplegadas por la coalición. Con todo, los recursos teóricos que empleabas no eran nuevos; como tú mismo indicabas, tu trabajo precedente sobre las culturas de los viajes a Egipto pretendía también comprender las «prácticas y comportamientos que se hicieron posibles —autorizados, articulados— a través de estas geografías imaginarias» («performances that were made posible —authorized, articulated— through these imaginative geographies») (Gregory, 2004:xiii). Posteriormente y empleando herramientas y referencias diferentes, te has servido de un enfoque similar para comprender la génesis histórico-espacial de territorios de excepción como Guantánamo o Abu Ghraib (Gregory, 2006b; 2007).

Parece lógico pensar que el lazo común que une estos trabajos es esa vocación de ser *historias del presente*, de obligarnos a ampliar el horizonte de nuestra mirada para leer en nuestras prácticas espaciales contemporáneas rastros, heridas y alientos del pasado. Soy consciente de que es una petición excesiva, pero me gustaría que, en la medida de lo posible, intentes *historizar* para nosotros esa forma de aproximación. ¿Cómo comienzas a manejar estos planteamientos y cómo han evolucionado a lo largo de los últimos años? ¿Cómo recuperas y articulas en tu trabajo las aportaciones de otros campos de la teoría social — por ejemplo y de forma conspicua el pensamiento de Edward Said, Giorgio Agamben, etc.? ¿De qué modo conducen a tu indagación actual sobre las *culturas bélicas* contemporáneas y la genealogía de la guerra aérea? Y en concreto para esta última línea de investigación y rescatando de nuevo a Mumford: en repetidas ocasiones éste indica el modo en que la construcción de la ciudad ha estado condicionada históricamente por sus mecanismos de defensa, hasta el punto de que con la llegada de la pólvora las murallas acabaron, según él, con las ciudades. ¿Has identificado en tus análisis dinámicas similares en el mundo moderno? En este sentido y ampliando el horizonte de conflicto de la guerra a otras formas de antagonismo, ¿podría formularse la hipótesis de una ascendencia normativa de lo militar-policial

sobre la construcción histórica de la ciudad? Sé que eres escéptico respecto a este tipo de intentos, pero ¿cómo podríamos conectar este espacio de dispersión analítico a una concepción más general de la visualidad y las formas de gobierno socioespacial contemporáneas?

DEREK GREGORY: No creo que la contranarrativa en *The Colonial Present* fuera fundamentalmente histórica —al menos no era esa mi intención— y confío en que pueda leerse también, en la misma medida, en su dimensión geográfica. Además de calibrar las alargadas sombras del colonialismo, el imperialismo y el orientalismo, pretendía relacionar entre sí tres espacios de conflicto —Afganistán, Palestina e Irak— y ofrecer, de forma rudimentaria, el tipo de geografía contrapuntística que Edward Said (2001) delineó de modo tan sugerente en *Cultura e imperialismo*.

Se trataba de un territorio desconocido para mí, en parte porque mis anteriores trabajos apenas habían considerado de forma directa el presente —sabía cómo acometer una investigación histórica, tanto en el archivo como a pie de campo, pero la crítica contemporánea parecía requerir un nuevo modo de estudio. Esto implicaba construir e interrogar un archivo disperso y en buena medida electrónico que se multiplicaba cada vez que miraba a la pantalla, con nuevas áreas de posible indagación abriéndose a cada momento. Sabía cómo desarrollar una lectura textual minuciosa, por supuesto, y estaba familiarizándome también con la lectura de imágenes, pero este nuevo tipo de bases de datos resultaron un profundo reto a mis viejos hábitos intelectuales. Lo mismo puede decirse del propio terreno conceptual. Conocía exhaustivamente el trabajo de Giddens o Habermas, pero ninguno de ellos parecía de ayuda en este caso. Supongo que podría haber recuperado alguna de las reflexiones que Giddens hace sobre la guerra y la violencia, pero sus contornos eran demasiado generalistas para cartografiar la espesa densidad de las zonas de conflicto que atraían mi atención y las obras recientes de Habermas conservaban un eurocentrismo triunfalista que era más parte del problema que una solución al mismo. Said fue, desde luego, un guía indispensable —de hecho mantuvimos un contacto estrecho en las últimas fases de mi trabajo—, pero me siento tan influenciado —o quizás más— por sus ensayos políticos sobre Palestina como por sus anteriores anatomías del orientalismo. Dices que los recursos teóricos que empleé no eran nuevos, pero muchos de ellos lo eran para mí: volví a Foucault con más frecuencia de lo que a primera vista pueda parecer, pero lo hice con toda una serie de nuevos interrogantes abiertos por figuras como Agamben o Mbembe.

Sigo estando muy interesado en las tensas relaciones entre estos últimos cuatro pensadores y he intentado explotar esa tensión para comprender la espacialización de la violencia militar. Lo expreso así, ‘explotar la tensión’, porque creo que buena parte del trabajo intelectual más creativo se ubica en los espacios intermedios entre distintas posiciones teóricas —al fin y al cabo, ningún sistema aislado tiene el monopolio sobre las cuestiones que realmente importan o sobre las respuestas verdaderamente satisfactorias— y porque creo que las ideas más poderosas son arrastradas en las soluciones sustantivas y se ven transformadas por las situaciones concretas en las que son puestas en práctica. No encuentro ningún interés en diseñar un Gran Sistema Teórico para que sea instalado en cualquier sitio —y aún menos en saquear el mundo en busca de ‘ejemplos’ que someter a su rodillo conceptual.

Mi trabajo posterior en torno a la guerra moderna reciente se enfrenta a lo que felizmente denominas sus ‘espacios de dispersión’. Muchos comentaristas se han ocupado de las temporalidades de la ‘guerra contra el terror’ o la ‘guerra prolongada’: los acusadores ensayos de Tom Englehardt sobre el estilo de guerra americano vuelven constantemente sobre la idea de que «la norma para nosotros⁶ es estar en guerra en algún lugar en todo

⁶ La cita original alberga un doble sentido que Gregory acentúa («the norm for us [US!] is to be at war somewhere at any moment»), perdido en la traducción. (N. del T.)

momento» (Englehardt, 2010:3); Andrew Bacevich identifica lo que él denomina las «reglas de Washington» como un entramado que ha empujado a los EE.UU. «a una condición que se aproxima a la de una guerra perpetua» (Bacevich, 2010:16); Dexter Filkins (2008) habla simplemente de la ‘guerra interminable’. Pero hoy en un cierto sentido, sumamente importante, la guerra contemporánea es también la ‘guerra omnipresente’. Saskia Sassen (2010) ha indicado que las ciudades de todo el mundo se están convirtiendo en lugares clave para la prosecución de lo que ella denomina una ‘guerra de emplazamiento múltiple’ (*multi-sited war*) —constituida tanto por lugares centrales en la zona bélica (Bagdad, Kabul) como por desplazamientos del espacio de guerra (Londres, Lahore)— y la brillante lectura que Stephen Graham hace de las *ciudades sitiadas* (2010) acentúa este mismo fenómeno. Por supuesto ambos incorporan también la instancia espacial: Sassen habla de la conjunción entre las ‘nuevas guerras’ y el ‘nuevo terrorismo’ y Graham escribe acerca de un ‘nuevo urbanismo militar’. Pero mi propio proyecto se distancia de estos trabajos en al menos dos sentidos.

En primer lugar, las afirmaciones de ‘novedad’ precisan un cuestionamiento más vigoroso — no sólo porque requieran una sustanciación histórica, sino también porque a menudo los propios protagonistas de la guerra contemporánea aluden a ellas para defender y ampliar sus excesos. Ya he indicado que los ejércitos avanzados afirman de forma rutinaria que poseen una capacidad sin precedentes de gestionar la guerra a modo de cirujanos, sensible y escrupulosamente, pero al mismo tiempo argumentan que —y aquí es Jano y no Marte el que preside— precisamente porque sus oponentes no poseen esas capacidades (o sensibilidades), estamos obligados a transigir con la nueva flexibilidad de esos mismos ejércitos avanzados para hacer la guerra de otro modo, marcadamente menos quirúrgico, sensible o escrupuloso.

En segundo lugar, creo que la atención exclusiva a las ciudades —que desde luego son importantes— es demasiado restrictiva, por lo que soy reacio a aceptar tu invitación a ampliar las reflexiones de Mumford sobre la relación entre guerra y ciudad. Por el contrario me interesa comprender cómo la naturaleza de la guerra varía en función de los distintos espacios en los que toma cuerpo y, más particularmente, cómo la militarización de la política opera para dispersar sus prácticas violentas por todo el mundo, contribuyendo a sostener la ‘guerra omnipresente’ a la que antes me refería. Dos breves ejemplos pueden servir para aclarar estas ideas. La guerra supuestamente secreta que la CIA está desplegando en Pakistán plantea una serie de cuestiones vitales en torno a los regímenes legales que pretenden regular la guerra: se trata de una guerra en todo menos en el nombre, gestionada como un anexo a la guerra en Afganistán, desarrollada por una agencia civil y no militar, una guerra en la que los derechos y protecciones legales atribuidas a los no combatientes son cuestionados o ignorados tanto por los EE.UU. como por Pakistán. O en otro sentido, la guerra contra la droga que se libra a través de la frontera entre EE.UU. y México se ha presentado a menudo como un desafío directo para el Estado —aunque cuando Hillary Clinton la describió como una insurgencia hubiera oleadas de protesta— y buena parte de las técnicas desarrolladas en Afganistán e Irak han sido repatriadas en la escalada militar en la frontera. En ambos casos la violencia militar se dispersa más allá de los campos de batalla convencionales o la zona bélica propiamente dicha y su carácter es modulado por los espacios compuestos en los que se materializa. Si, como Herfried Münkler sugiere, «la Guerra ha perdido claramente sus otrora bien definidos contornos» (Münkler, 2005:3) —lo dice en un sentido conceptual— ello se debe en buena medida a las tierras fronterizas en las que se está luchando.

ÁLVARO SEVILLA: Stuart, al enfrentarse a tu trabajo uno no puede sino recordar el imperativo de Lucien Febvre de que «desconfiemos de las palabras del pasado» (Febvre, 1993:102, tr. modificada): un concienzudo esfuerzo de precisión en los términos te hace interrogar los textos en busca de su sentido exacto, intentando *situarlos*, localizarlos en su lugar y su momento, en el espacio-tiempo adecuado. Y sin embargo, aunque tus libros recorren paisajes fundamentalmente conceptuales, tus lecturas de autores como Kant, Heidegger, Lefebvre,

Foucault o Sloterdijk —por mencionar sólo algunos— invitan a una *espacialidad-otra* que resulta extremadamente sugerente, incluso al nivel más material de su posible puesta en práctica.

Sin anular esta línea de investigación —tienes entre manos un recorrido por las lógicas de los mundos en autores como Kostas Axelos, Alain Badiou o Quentin Meillassoux—, tus últimos libros, *Terror and Territory* y, especialmente, el próximo, *The Birth of Territory*, parecen abrir una nueva senda. Aquí no se trata exclusivamente de destilar las espacialidades que anidan en la obra de autores concretos, sino de reconstruir la propia genealogía del concepto de territorio — que, en tu opinión, se da por hecho con demasiada frecuencia, tomándolo como una noción ahistórica y apromblemática. De modo que, a un tiempo centras tu atención en la evolución y formación de un solo concepto y, como señalabas antes, amplías el campo de análisis para rastrear las múltiples concepciones que lo han construido, desde la Antigua Grecia hasta el siglo XVII. Sin duda se trata de una aventura intelectual sumamente interesante, por lo que te rogaría te detuvieras en ella: ¿cuáles son los momentos clave de ese recorrido? ¿Podrías adelantarnos tus principales conclusiones? ¿A qué te refieres cuando hablas del territorio como un *haz de tecnologías políticas*? Tu recorrido se detiene justo en los albores del capitalismo, ¿podemos esperar en el futuro una ampliación que una los extremos temporales de *The Birth of Territory* y *Terror and Territory*?

Por cierto, me parece que esta búsqueda es atractiva no sólo por su capacidad para explicarnos nuestra forma moderna de entender el territorio, sino porque supone una oportunidad para recuperar las concepciones que se perdieron en el camino, o más aún, las que fueron expulsadas del campo de lo posible; en palabras de Michel de Certeau, de rescatar «aquello que en un momento dado se ha convertido en impensable para que una nueva identidad pueda ser pensable» (Certeau, 2006:18). Quizás en este sentido este trabajo conserva esa capacidad de abrir el pensamiento a otras formas de concebir lo espacial que antes comentaba, traduciéndolas y acercándolas a otras disciplinas directamente comprometidas con la producción material del espacio.

STUART ELDEN: Sí, una «sospecha de las palabras del pasado», pero quizá sería mejor decir una sospecha de la traducción de las palabras del pasado. Sé que la traducción se produce tanto entre lenguajes como en el interior de los mismos y que es tentador proyectar líneas de sentido actuales sobre autores histórica o geográficamente distantes para que cobren significado. En cierto modo yo intento realizar una aproximación distinta, aspiro a comprenderlos en el contexto que los produjo y que ellos produjeron. Intento, al menos, ser fiel —si no lo suficientemente certero—. Es inevitable equivocarse, pero creo que se trata de un enfoque con el que merece la pena equivocarse. En todo caso no intento simplemente recuperar a los pensadores, sino más bien abrir vías en las que podamos trabajar con ellos.

Volveré a tratar material conceptual contemporáneo cuando concluya *The Birth of Territory*. Efectivamente, la noción de ‘mundo’ (*world*) será mi foco de interés, pero esta vez no pretendo ofrecer una historia del concepto o, como amablemente lo denominas, un «recorrido por la lógica de los mundos» de estos pensadores. Quiero evitar un planteamiento basado en autores individuales, incluso uno basado en un tema concreto. En su lugar deseo realizar seis cortes a través de debates y eventos contemporáneos. Por el momento la idea es incluir una serie de capítulos titulados con un solo término —‘violencia’, ‘fósiles’, ‘tierra’, ‘herida’, ‘volumen’, ‘juego’— y emplearlos como asideros a los que agarrar toda una serie de discusiones sobre el modo en que conceptualizamos, practicamos y nombramos el mundo, retando la idea de que la globalización implica una desterritorialización.

No creo que mis libros sobre el territorio apunten a una dirección distinta. De hecho, considero que mis libros operan como dos trilogías libres. Los tres primeros (Elden, 2001, 2004a, 2006) eran estudios de teoría socioespacial y se centraban en pensadores concretos. Posteriormente las herramientas conceptuales que intenté desarrollar en relación a estos

pensadores han sido puestas en práctica en tres libros que tienen en el territorio su temática principal. *Terror and Territory* era un libro explícitamente político; *The Birth of Territory* es histórico; *The Space of the World* será filosófico. En formas diversas, cada libro es un intento de pensar sobre aspectos político-espaciales, pero la naturaleza de este intento cambia en función del tipo de enfoque empleado. *Terror and Territory* ha generado un amplio debate en el mundo de la geografía, pero sin duda lo caracterizaría como un reto espacial o geográfico a la concepción de las relaciones internacionales; *The Birth of Territory* intenta mostrar el modo en que la historia del estado o de la teoría política se transforma si consideramos la cuestión de la relación entre lugar y poder como un tema principal. De manera similar, confío que el libro que ahora planeo escribir ofrecerá una perspectiva distinta, en cierto modo, sobre algunas concepciones filosóficas en torno al ‘mundo’.

La mayor parte de *The Birth of Territory* no se limita a reflexionar sobre el territorio de un modo estrecho o específico. De hecho no creo que tenga sentido hablar de ‘territorio’ hasta aproximadamente mediados del siglo XIV. No se trata simplemente de que no exista un término con ese significado en el griego clásico, o que *territorium* sea una palabra extraordinariamente rara en el latín clásico —aunque se trata de dos aspectos reveladores—, sino que incluso cuando se emplean términos con un sentido político-geográfico, cuando se definen conceptos o se despliegan ciertas prácticas, estamos ante realidades muy distintas a las actuales. Intento seguir estos desplazamientos lo mejor que puedo para intentar mostrar que las cosas se ordenaron de forma distinta en momentos y lugares distintos. Por tanto hay toda una serie de discusiones que pueden parecer tangenciales al eje central del libro, pero quiero prescindir de todo impulso teleológico y de la narrativa progresista y lineal (*whiggish*). Por eso me parece totalmente oportuno tu apunte sobre las «ideas que se perdieron en el camino».

En este libro y en un artículo recientemente publicado en *Progress in Human Geography* (Elden, 2010b), intento defender la necesidad de comprender el territorio en el seno de un entramado de relaciones más amplio que el habitual. Para ello sugiero que un enfoque político-económico sobre el suelo (*land*) o un énfasis político-estratégico sobre lo que efectivamente es el terreno (*terrain*), son, en sí mismos, insuficientes. Son, sin duda, elementos cruciales, pero argumento que necesitamos tomar la dimensión político-legal mucho más en serio e incorporar además la dimensión político-técnica. En relación a esta última, se trata de un intento de pensar acerca de lo que hicieron posible los nuevos desarrollos tecnológicos —cartografía, aparatos de navegación, técnicas de agrimensura, desarrollos en las técnicas militares y la guerra, estadísticas de población, etc.— y por qué los estados y otros actores políticos invirtieron tantos recursos en su expansión y aplicación. En lo que se refiere a la dimensión político-legal y de forma esquemática, sostengo que hay tres momentos clave: la traducción del pensamiento político griego al latín y los transformaciones que produjo en los argumentos de los gobernantes seculares y sus teóricos contra el papado; el redescubrimiento del Derecho Romano y en particular su empleo en las ciudades-estado de la península italiana durante el siglo XIV; y los debates entre las partes integrantes del Sacro Imperio Romano en los siglos XVI y XVII, en los albores de la Reforma. Dado que por tecnologías Foucault comprende algo más que lo meramente tecnológico —incluyendo por ejemplo las artes, o las racionalidades de forma más general—, es a este entramado al que me refiero con la idea del territorio como una tecnología política o un haz de tecnologías.

Soy consciente de que el hecho de que ignore el capitalismo en este libro enojará a algunos materialistas históricos. Pero debemos ser conscientes de que el capitalismo —y, por los mismos motivos, el nacionalismo— emergen en el seno de un contexto político-espacial preexistente. No creo que sea suficiente considerar la dimensión económico-política para formular las cuestiones que precisan una respuesta. Por otra parte, los debates en torno al feudalismo, aunque importantes, no parecen captar lo que, para mí, es un problema fundamental: ¿si la propiedad era tan importante en la Edad Media, porque había en esta época una concepción tan débil del territorio?

No planeo escribir un libro que cubra el intervalo entre *The Birth of Territory* y *Terror and Territory*. En cierto sentido, si *The Birth of Territory* muestra cómo se produjo la noción moderna de territorio, tanto *Terror and Territory* como, en su momento, *The Space of the World* muestran el modo en que dicha concepción está siendo cuestionada y transformada en la actualidad, sin que, creo, ésta se haya superado. El período intermedio me parece mucho menos interesante a nivel conceptual. Hubo, desde luego, todo tipo de disputas sobre el territorio, incluyendo guerras, colonizaciones, construcción de naciones y transformaciones múltiples y fundamentales en la ordenación político-geográfica del mundo, pero muchos menos cambios en el marco conceptual político-espacial en que estos procesos se desplegaron.

ÁLVARO SEVILLA: Para cerrar esta conversación me gustaría que reflexionemos sobre el asunto, ya sugerido, de la necesaria socialización de nuestra producción teórica. Durante las últimas décadas la teoría social ha asistido a toda una serie de *giros*: el giro lingüístico, el giro espacial, el giro cultural, el giro performativo, algunos amenazan con un giro emocional, un giro vertical... ¡parece que en cualquier momento los intelectuales van a empezar un paso de vals! Aunque, por supuesto, el baile queda siempre dentro de la academia y, paradójicamente, cada giro parece alejar más nuestro trabajo de las calles: *non vitae, sed scholae discimus...*

Era en este sentido que en una intervención anterior sugería el potencial de las narrativas historiográficas para salvar estas distancias. En mi propia experiencia como urbanista asesorando a vecinos y ciudadanos en planes o proyectos con una fuerte componente participativa he podido comprobar hasta qué punto la reconstrucción de las geografías históricas de la vida cotidiana —especialmente cuando son *historias de desposesión*— son efectivas para movilizar a la gente, por ejemplo para unir a todo un barrio heterogéneo y desestructurado en torno a una crónica común. Creo que la extrapolación de esa experiencia al plano teórico sería tremendamente productiva, pero por alguna razón nos resulta difícil hacerlo. Incluso existe una fuerte resistencia a este intento dentro de la universidad: no hay más que ver el modo en que sus colegas tratan a historiadores como Howard Zinn, comprometidos en ese brechtiano empeño de escribir historia en la “jerga del mercadillo”.

Desde luego no pretendo recobrar la imagen romántica del intelectual que, con su trabajo, da a la comunidad una imagen unitaria de sí misma; demasiadas veces hemos tropezado ya con ella. Se ha sugerido que deberíamos limitarnos a «multiplicar los recursos comunicativos que la gente tiene a su disposición» (Thrift, 1996:xi), pero incluso aquí el potencial discursivo de la historiografía, su capacidad para construir sentido a partir de los fragmentos del pasado, vuelve a aparecer como una oportunidad para poner en cuestión el orden instituido de las cosas.

De modo que parece necesario regresar a la ciudad, romper con ese «platónico destierro de los poetas’ al que parece confinarnos a veces la ‘república académica’. Si uno imagina habitualmente esta vocación de servicio público como un principio político o un imperativo moral, en la situación actual parece urgente concebirla también como una acción estratégica y pragmática. Como era fácil adivinar, la gran crisis global está dando paso a grandes recortes locales en los exangües estados del bienestar de los países occidentales, con la universidad pública como uno de los puntos de mira. La socialización de nuestro trabajo crítico ya no es sólo cuestión de altruismo, es también la necesaria búsqueda de una audiencia que lo haga útil.

En todo caso este *giro popular* no está libre de problemas. ¿Cómo vencer las resistencias internas de las estructuras académicas? ¿Cómo pensar y activar la recepción de la teoría social? ¿Son las instituciones actuales —de los departamentos universitarios al libro y las revistas— capaces de absorber ese esfuerzo o es necesario imaginar canales nuevos? Y en concreto en relación a la práctica historiográfica y las historias espaciales, ¿cuál es el umbral que separa la socialización de la historia de su vulgarización, cómo debemos negociarlo?

¿Merece la pena seguir pensando en estos términos? En el escenario actual y pensando en la efectividad de las narrativas, uno no sabe si el historiador —de todo tipo y especie— debería perseverar en su carrera académica o, en lugar de ello, buscar un hueco como guionista en la industria del cine; ya sabéis, aún sigue teniendo mucho tirón el *incipit* «lo que van a contemplar está basado en hechos reales»...

STUART ELDEN: Es poco lo que puedo decir en respuesta a este último grupo de preguntas. Soy demasiado consciente del tiempo que he pasado en salas de libros raros durante los últimos años. Cuando me he aventurado a hablar sobre este trabajo ha sido casi exclusivamente para audiencias académicas. Se trata de públicos cada vez más diversos e internacionales, pero académicos a pesar de todo. Estoy comenzando la tarea de remitir mi nuevo trabajo a editores y se trata siempre de editoriales académicas. A pesar de todo la posición que sugieres es interesante; *Terror and Territory*, por ejemplo, fue un libro deliberadamente comprometido, motivado por la ira en torno a una situación mundial sobre la que sentía que tenía algo útil que decir. De hecho, me encuentro mucho más motivado políticamente de lo que he estado en mucho tiempo. Como antiguo —y muy desilusionado— miembro del Partido Laborista británico, esto me resulta más fácil cuando estamos en la oposición. No he hecho nada por el partido desde 1997, pero nunca he sentido fuerzas suficientes para desafiliarme. Ni siquiera la guerra de Irak lo consiguió.

Si he de señalar una justificación para el trabajo historiográfico en base a su *política*, sería que no hubiera sido posible, *para mí*, escribir *Terror and Territory* sin haber realizado una profunda investigación histórica. He trabajado en *The Birth of Territory*, de forma intermitente, durante más de una década. La última vez que me aparté el proyecto fue, precisamente, para escribir *Terror and Territory*. Pero de forma más general, esa investigación era necesaria para entender cómo se produjo el actual estado del territorio, por qué no era inevitable, y el hecho de que podría no ser eterno. Me parece que sólo una comprensión mucho más profunda de su emergencia puede ayudarnos a aprehender el momento actual.

Tu idea sobre la industria del cine es divertida; pero ahora que lo comentas, es curioso que durante la última década hayamos asistido a un reforzamiento del interés en la épica histórica, quizás a partir de *Gladiator*, de Ridley Scott. Dado mi interés en las épocas en las que se ambientan, he visto muchas de estas películas, a pesar de que su factura es irregular y la mayor parte están recorridas por una sensibilidad completamente moderna, no sólo en términos de las técnicas cinematográficas empleadas, sino en su re-imaginación de historias clásicas y medievales con la mirada del presente. Este aspecto es obvio en muchos registros, pero quizás especialmente en términos geopolíticos, lo que ha conducido a relecturas o re-imaginaciones sumamente sospechosas de la caída de Troya, Alejandro Magno, *Beowulf*, las Cruzadas, el Rey Arturo, etc. Por ejemplo, la película sobre *Beowulf* fue un acicate para escribir sobre el poema (Elden, 2009b). Algunas películas del pasado reciente han sido mejores, quizás y significativamente las que no vienen de Hollywood como *El hundimiento*, *R.A.F. Fracción del Ejército Rojo* y *La vida de los otros*. Entre las que se refieren a un pasado más lejano me gustó particularmente el film ruso-alemán *Mongol, el increíble destino de Genghis Khan*. En todo caso, dado el interés en lo histórico —un aspecto que puede encontrarse igualmente en los libros populares de ficción y no-ficción— es probable que a los académicos preocupados por la historia se les esté escapando algún aspecto fundamental. Y, con todo, ¿quién de nosotros tiene el talento narrativo, el estilo y la sensibilidad popular para conseguirlo?

En lo que se refiere a la situación política de la academia, una de las razones por las que creé un *blog*⁷, que he mantenido desde entonces, fue el cierre del Departamento de Filosofía

⁷ *Progressive Geographies*: <http://progressivegeographies.wordpress.com>. (N. del T.)

de la Universidad de Middlesex. Sentí que, a pequeña escala, podía actuar como un puente para la geografía en el sentido de informar a la gente sobre lo que estaba sucediendo. Dado que vivía en Londres en aquel momento, por primera vez en quince años, pude visitar la okupación del centro y asistir a varias concentraciones. No es mucho, pero estas acciones han sido un modo de volver a encontrar un compromiso. Creo que estamos asistiendo a una ofensiva fundamental a la idea de la educación superior en el Reino Unido y hay un profundo sentimiento de furia entre la gente.

En todo caso nos enfrentamos a un problema. Si intentamos justificar los motivos por los que las artes y las humanidades importan verdaderamente en la situación actual parecerá algo así como una súplica. Aparentaremos defender nuestras propias posiciones. Pero hace mucho que necesitamos buenos argumentos para defender la importancia de estos campos del conocimiento. Los medios convencionales no van a ser una ayuda. Mira el modo en que han tratado las recientes protestas de estudiantes en Londres. Los cristales rotos y los heridos en el enfrentamiento con la policía se convirtieron en el centro de los reportajes. Pero hay una violencia sistémica que produce una situación en la que las universidades se ven forzadas a cerrar programas muy populares, en la que los estudiantes de ciertos estratos socioeconómicos tienen más oportunidades y mucha más libertad que otros para elegir los estudios que desean realizar, están menos asfixiados por las deudas y menos condicionados por la necesidad de asumir trabajos a tiempo parcial para financiar sus estudios, y en la que los dictados del mercado y la sumisión a las evaluaciones puramente cuantitativas de nuestro trabajo llevan la voz cantante. Si las movilizaciones masivas pacíficas cambiaran las cosas, entonces Gran Bretaña no se hubiera sumado a la invasión de Irak en 2003. Y la violencia de esa guerra, en Afganistán o en otros lugares, es de un grado tan diferente que es casi increíble ver a los políticos condenando lo que sucedió en Londres con las palabras con las que lo hicieron.

DEREK GREGORY: Desde que escribí *The Colonial Present* he dedicado mucho menos tiempo a las publicaciones y las audiencias de carácter académico. Soy consciente de que perdí mi ‘voz académica’ durante la preparación de este trabajo —una voz que no se limita a las notas al pie, por supuesto: el libro está repleto de ellas simplemente porque la mayor parte de los lectores del manuscrito deseaban saber cómo había tenido conocimiento de lo que allí se describía— y no tengo prisa por recuperarla. Tenemos el deber de comprometernos con audiencias más allá de la academia — no sólo de escribir para ellas o de darles charlas, sino también de responder a sus cuestiones y aprender de ellas. Esto no significa bajar el nivel o incluso sacrificar la respetabilidad académica. Mencionas a Howard Zinn —también con él mantuve un estrecho contacto antes de su muerte prematura, acerca de sus recuerdos de la época en que ejerció como bombardero en la Segunda Guerra Mundial— pero ¿qué dirías de otros historiadores como David Cannadine, Niall Ferguson o Simon Schama? He tenido discusiones con todos ellos —especialmente con Ferguson— pero la accesibilidad de sus trabajos significa que más, mucha más gente, dentro y fuera de la academia, podrá mantener con ellos el mismo tipo de debates.

No debería ser necesario decir esto, pero también tenemos la obligación de comprometernos con nuestros estudiantes. Esto no se reduce a la preparación de libros de texto y me entristece desesperadamente el modo en que la geografía se ha visto inundada de este tipo de cosas. Aquí el atractivo de tu ‘mercadillo’ se presenta en su dimensión más perniciosa. Comparto la repugnancia de Stuart con respecto a lo que está sucediendo con la enseñanza superior en Gran Bretaña, pero lo que él ve, acertadamente, como una «ofensiva fundamental» a la propia idea de una educación universitaria no es algo nuevo: es simplemente la culminación lógica de una prolongada y metódica neoliberalización de la enseñanza superior, tanto en el Reino Unido como en otros lugares —la mercantilización no sólo del conocimiento sino también de la labor del profesor y el propio proceso de aprendizaje—, de la que un buen número de académicos se ha beneficiado considerablemente a lo largo de

los últimos años. Creo que tu alusión a las geografías históricas de la vida cotidiana es muy importante, pero no deberíamos perder de vista las vidas cotidianas de nuestros estudiantes — los modos en que han sido constreñidas y confinadas, en buena parte por nuestras propias acciones e inacciones.

Hay tres aspectos especialmente relevantes para mí. El primero es continuar tendiendo puentes entre las artes, las humanidades y las ciencias sociales: la mayor parte del trabajo más creativo se ha ocupado de ello durante mucho tiempo, pero debería convertirse en una opción mucho más común. Me preocupa que los asaltos neoliberales produzcan una batida en retirada para militarizar las fronteras de las ciencias sociales y sacrificar las artes y las humanidades. El segundo elemento es pensar de un modo mucho más visual — tratar las imágenes e ilustraciones no como un mero ornamento o *embellishment*, sino como recursos vitales que nos permiten ‘imag(e/i)nar’ (*image-ine*) nuestros objetos de análisis, verlos de otro modo. La mayor parte de mi propio trabajo en la actualidad comienza con (antes de terminar en) presentaciones públicas en las que empleo combinaciones de imágenes para configurar mi argumento, literalmente como un *storyboard*. Por último es preciso cultivar medios nuevos y abiertos que promuevan la creación de nuevos públicos. Soy un devoto lector del *blog* de Stuart, pero también me interesan las posibilidades de los *blogs* colectivos⁸ y de llevar nuestro trabajo más allá de los muros de pago de las revistas comerciales. Si los entes públicos pagan para apoyar nuestras investigaciones, es obvio que deberían tener derecho a leer sus resultados sin volver a pagar por ello. Y si esperamos apoyo público entonces debemos comprometernos con esos públicos.

Bibliografía

- BADIOU, Alain (2009) *L'hypothèse communiste*, Éditions Lignes, París.
- (1985) *Peut-on penser la politique?* Paris, Seuil.
- BACEVICH, Andrew (2010) *Washington Rules: America's Path to Permanent War*, Metropolitan Books, Henry Holt & Co., Nueva York.
- BAKER, Alan R.H. & GREGORY, Derek (1984) *Explorations in Historical Geography: Interpretative Essays*, Cambridge University Press, Cambridge.
- BENHABIB, Seyla (1986) *Critique, Norm, and Utopia: A Study of the Foundations of Critical Theory*, Columbia University Press, Nueva York.
- BENTHAM, Jeremy (1977) *Le Panoptique, précédé de L'Œil du pouvoir, entretien avec Michel Foucault*, Belfond, París 1977. Hay traducción al castellano del libro, incluyendo la entrevista: (1980) *El Panóptico*, La Piqueta, Barcelona.
- BILLINGE, Mark, GREGORY, Derek & MARTIN, Ron (1984) *Recollections of a revolution: geography as spatial science*, MacMillan, Londres.
- BRENNER, Neil & ELDEN, Stuart (eds.) (2009) *Henri Lefebvre, State, Space, World: Selected Essays*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- CASTREE, Noel & GREGORY, Derek (eds.) (2006) *David Harvey: A Critical Reader*, Blackwell, Oxford.
- CERTEAU, Michel de (2006) *La escritura de la historia*, Universidad Iberoamericana, México D.F.
- CRAMPTON, Jeremy W. & ELDEN, Stuart (eds.) (2007) *Space, Knowledge and Power: Foucault and Geography*, Ashgate, Aldershot.
- DUNCAN, James S. & GREGORY, Derek (eds.) (1999) *Writes of Passage: Reading Travel Writing*, Routledge, Londres.
- ELDEN, Stuart (2011) “Response to Antonsich: The role of history”, *Progress in Human Geography*, en prensa.
- (2010a) “Thinking Territory Historically”, *Geopolitics*, n. 15, pp. 757-761.

⁸ Gregory ha colaborado puntualmente en el blog colectivo Z-Net, *A community of people committed to social change*: <http://www.zcommunications.org/znet>. (N. del T.)

- (2010b) “Land, Terrain, Territory”, *Progress in Human Geography*, 34, pp.799-817.
 - (2009a) *Terror and Territory: The Spatial Extent of Sovereignty*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
 - (2009b) “Place, Symbolism and Land Politics in Beowulf”, *Cultural Geographies*, 16, pp. 447-463.
 - (2006) *Speaking Against Number: Heidegger, Language and the Politics of Calculation*, Edinburgh University Press, Edimburgo.
 - (2004a) *Understanding Henri Lefebvre: Theory and the Possible*, Continuum, Londres.
 - (2004b) “La Peste, el Panóptico y la Policía”, *Nueva Doctrina Penal*, 2004B, pp. 509-525.
 - (2003a) “Reading Genealogy as Historical Ontology”, en Rosenberg, A. & Milchman, A., *Foucault/Heidegger: Critical Encounters*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 187-205.
 - (2003b) “The importance of history: A reply to Malpas”, *Philosophy and Geography*. n. 6, pp. 219-224.
 - (2001) *Mapping the Present: Heidegger, Foucault and the project of a spatial history*, Continuum, Londres.
- ELDEN, Stuart, LEBAS, Elizabeth & KOFMAN, Eleonor (eds.) (2003) *Henri Lefebvre: Key Writings*, Continuum, Londres.
- ELDEN, Stuart & MENDIETA, Eduardo (2011) *Reading Kant's Geography*, State University of New York Press, Albany, (NY), en prensa.
- ELDEN, Stuart, MOORE, Gerald (traductores) & LEFEBVRE, Henri (2004) *Rhythmanalysis: Space, Time and Everyday Life*, Continuum, Londres.
- ENGLEHARDT, Tom (2010) *The American Way of War. How Bush's Wars Became Obama's*, Haymarket Books, Chicago.
- FEBVRE, Lucien (1993) *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: La religion de Rabelais*, Akal, Madrid.
- FILKINS, Dexter (2008) *The Forever War*, Alfred A. Knopf, Nueva York.
- FOUCAULT, Michel (1980) *Power/Knowledge*, editado por Colin Gordon, Harvester, Londres.
- GADAMER, Hans-Georg (2008) *Philosophical Hermeneutics*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles.
- (2001) *Antología*, Sígueme, Salamanca.
 - (1998) *Verdad y método II*, Sígueme, Salamanca.
 - (1993) *El problema de la conciencia histórica*, Tecnos, Madrid.
- GRAHAM, Stephen (2010) *Cities Under Siege: The New Military Urbanism*, Verso, Nueva York.
- GRAMSCI, Antonio (2007) *Quaderni del Carcere. Edizione critica dell'instituto Gramsci*, 4 vol., Einaudi, Turín.
- GREGORY, Derek (2009) “American military imaginaries and Iraqi cities: the visual economies of globalizing war”, en Christoph Lindner (ed.) *Globalization, violence and the visual culture of cities*, Routledge, Nueva York.
- (2008a) “The rush to the intimate: counterinsurgency and the cultural turn in late modern war”, *Radical Philosophy*, n. 150 (julio/agosto), pp. 8-23.
 - (2008b) “The Biopolitics of Baghdad: Counterinsurgency and the counter city”, *Human Geography*, n. 1, pp. 6-27.
 - (2007) “Vanishing points: Law, violence and exception in the global war prison”, en Derek Gregory and Allan Pred (eds.), *Violent Geographies: fear, terror and political violence*, pp. 205-236, Routledge, Nueva York.
 - (2006a) “‘In another time-zone, the bombs fall unsafely...’: Targets, Civilians and Late Modern War”, *The Arab World Geographer*, vol. 9, n. 2, pp. 88-111.
 - (2006b) “The Black Flag: Guantánamo Bay and the space of exception”, *Geografiska Annaler B*, n. 89, pp. 405-427.
 - (2004) *The Colonial Present: Afghanistan, Palestine, Iraq*, Blackwell, Oxford.

- (1994) *Geographical Imaginations*, Blackwell, Cambridge (Ma.).
- (1991) “Interventions in the historical geography of modernity: Social theory, spatiality and the politics of representation”, *Geografiska Annaler*, n. 73B, pp. 17-44.
- (1984) “Space, time and politics in social theory”, *Environment & Planning D: Society & Space*, n. 2, pp. 123-132.
- (1982) *Regional Transformation and Industrial Revolution: A Geography of the Yorkshire Woollen Industry 1780-1840*, University of Minneapolis Press, Minneapolis.
- (1978a) *Ideology, Science and Human Geography*, Hutchinson, Londres. Hay traducción al castellano (1984) *Ideología, ciencia y geografía humana*, Oikos-Tau, Barcelona.
- (1978b) “The discourse of the past: Phenomenology, structuralism and historical geography”, *Journal of Historical Geography*, n. 4, pp.161-173.
- (1976) “Rethinking Historical Geography”, *Area*, vol 8, n. 4, pp. 295-299.
- GREGORY, Derek, JOHNSTON, Ron, PRATT, Geraldine, WATTS, Michael & WHATMORE, Sarah (eds.) (2009) *The Dictionary of Human Geography*, 5ª edición, Blackwell, Oxford.
- GREGORY, Derek, MARTIN, Ron & SMITH, Graham (eds.) (1994) *Human Geography: Society, Space and Social Science*, MacMillan, Londres.
- GREGORY, Derek & PRED, Allan (eds.) (2007) *Violent Geographies: Fear, Terror and Political Violence*, Routledge, Nueva York.
- GREGORY, Derek & URRY, John (eds.) (1985) *Social Relations and Spatial Structures*, St. Martin's, Nueva York.
- GREGORY, Derek & WALFORD, Rex (ed.) (1989) *Horizons in Human Geography*, MacMillan, Londres.
- HARAWAY, Donna (1988) “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”, en *Feminist Studies*, 14, n° 3, otoño, pp. 575-599.
- HARVEY, David (1982) *The Limits to Capital*, Oxford, Basil Blackwell; reimpr. Londres, Verso, 1999 (traducción al castellano (1987) *Los límites al capital*, México DF, Fondo de Cultura Económica).
- HEIDEGGER, Martin (2009) *Ser y tiempo*, Trotta, Madrid (edición original (1927) *Sein und Zeit*, Max Niemeyer Verlag, Halle).
- HEIDEGGER, Martin & JASPERS, Karl (2003) *Correspondencia (1920-1963)*, edición al cargo de Walter Biemel y Hans Saner, Síntesis, Madrid.
- JENKINS, Keith (2009) *At the Limits of History: Essays on Theory and Practice*, Routledge, Abingdon.
- (1991) *Re-thinking History*, Routledge, Londres.
- JOHNSTON, Ron, GREGORY, Derek & SMITH, David M. (eds.) (2000) *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Akal, Madrid.
- KERN, Stephen (1983) *The culture of time and space, 1880-1918*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.).
- LACLAU, Ernesto (1997) *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Verso, Londres.
- LASLETT, Peter (1988) “Introduction” en John Locke, *Two Treatises of Government*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LEFEBVRE, Henri (1974) *La production de l'espace*, Anthropos, París.
- LIVINGSTONE, David N. (2003) *Putting science in its place: geographies of scientific knowledge*, University of Chicago Press, Chicago.
- MUMFORD, Lewis (1979) *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Infinito, Buenos Aires (edición original (1961) *The City in History: its origins, its transformations, and its prospects*, Harcourt, Brace & World, Nueva York).
- (1959) *La cultura de las ciudades*, Emecé, Buenos Aires (edición original (1938) *The Culture of Cities*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York).
- MÜNKLER, Herfried (2005) *The New Wars*, Polity, Cambridge.
- NIETZSCHE, Friedrich (2003) *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida: II intempestiva*, Biblioteca Nueva, Madrid (edición original (1874) *Unzeitgemässe Betrachtungen. Zweites Stück: Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, acceso libre a través de Projekt Gutenberg-De:

- http://gutenberg.spiegel.de/?id=5&xid=1956&kapitel=3&cHash=062989d1dcunzeit2#gb_found; fecha de acceso: 9-1-2011).
- (2007) *La genealogía de la moral*, Tecnos, Madrid (edición original (1887) *Zur Genealogie der Moral: Eine Streitschrift*, acceso libre a través de Projekt Gutenberg-De: http://gutenberg.spiegel.de/?id=5&xid=1948&kapitel=1#gb_found; fecha de acceso: 9-1-2011).
- SAID, Edward (2001) *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona (edición original (1993) *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York).
- SASSEN, Saskia (2010) “When the City Itself Becomes a Technology of War”, *Theory, Culture & Society*, vol. 27, n° 6, diciembre, pp. 33-50.
- SMITH, Adam T. (2003) *The Political Landscape: Constellations of Authority in Early Complex Polities*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
- THRIFT, Nigel (1996) *Spatial Formations*, Sage, Londres.
- TOSCANO, Alberto (2008) “Emblems and Cuts: Philosophy in and against History”, *Symposium: Canadian Journal of Continental Philosophy / Revue canadienne de philosophie continentale*, vol. 12, n. 2, pp. 18-35.
- WHITE, Hayden (1978) *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- (1973) *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Traducción: *Álvaro Sevilla Buitrago*